

amorosa hizo de la Miróforas las primeras que atestiguaron la Resurrección de Cristo. Arriesguemonos como ellas para obtener la alegría que alcanzaron y anunciémosla.

La Pequeña y la Gran Entrada durante la Divina Liturgia

Como vemos cada Domingo, durante la Divina Liturgia se realizan dos procesiones o entradas por el interior del templo: la primera, es llamada "Pequeña Entrada" y la segunda "Gran Entreada". En la "Pequeña Entrada", el Sacerdote o el Diácono, portando el libro de los Evangelios, sale por la Puerta Norte precedidos por los ayudante las velas encendidas. Esta entrada representa el inicio de la vida pública de Nuestro Señor Jesucristo para predicar el Evangelio del Reino de Dios. También representa la enseñanza del mismo a todo el mundo realizada por los Apóstoles. La vela encendida que va delante del Evangelio es símbolo de San Juan Bautista, quien anunció la venida del Redentor como verdadera luz que ilumina y santifica a todos los seres humanos. Las palabras: "Sabiduría, estemos de pie" significan "He aquí a Cristo, Sabiduría y Verbo Divino", simbolizado por el Santo Evangelio que contiene la doctrina del Salvador.

La "Gran Entrada" es una procesión que se hace para trasladar las ofrendas, que han sido preparadas antes del comienzo de la Divina Liturgia, desde su lugar de preparación (Protys o Pequeño Altar) ubicado en uno de los lados del Santuario) hasta el Altar Mayor, para su santificación. En la Procesión se llevan las velas, la Cruz y las pantallas con las figuras de los Serafines: la vela significa la luz que Cristo irradia sobre toda la Creación, pues El es la Luz del mundo. La Cruz simboliza el amor, el sacrificio y la abnegación de nuestro Señor por cada uno de nosotros. Los Serafines nos

recuerdan a aquellos ángeles que cubrían con sus alas la Ley guardada en el Arca de la Alianza en el Antiguo Testamento. También esta Procesión simboliza el camino del Salvador al Calvario para ofrecerse a sí mismo como rescate para nosotros. Jesús se ofrece como Cordero de Dios y es precisamente ese Cordero el que recibimos durante la Santa Comunión. El himno que preside esta procesión es habitualmente llamado "el Himno de los Querubines": el texto del mismo simplemente hace referencia a los querubines en el sentido en que los presentes a la Divina Liturgia, los creyentes, simbolizan místicamente a los ángeles que rodean el trono de Dios. Pero en síntesis, el llamado que el himno hace a los creyentes es que en ese momento en que las Ofrendas que van a ser Santificadas para ser Cuerpo y Sangre del Señor, nosotros apartemos toda solicitud o pensamiento temporal, toda petición del momento, toda preocupación pasajera, a fin de recibir al Rey del Cielo y de la Tierra que transita esta Procesión acompañado por legiones de ángeles.

Congreso General Arquidiocesano

Durante esta semana se realizó la Reunión del Clero Arquidiocesano (los días 7 y 8 de mayo) y del Congreso General Arquidiocesano (los días 9 y 10 de mayo) en la provincia de Santiago del Estero. La semana próxima estaremos informando los resultados de dichos encuentros. Hoy, domingo 11 de mayo en la misma provincia, Su Eminencia Monseñor Siluan ordena Diácono al Subdiácono Federico Coronel quien se desempeña como Secretario del Arzobispado. Rogamos a todos los fieles de nuestra Iglesia en Argentina que puedan tener en sus oraciones al nuevo Diácono en este momento tan importante en su vida.



La Voz del Señor

Año VII - Nro 19 - 11 de mayo de 2008
Domingo de las Mujeres Miróforas

¿Portadoras del bálsamo o de la nueva de la resurrección?

"Compraron aromas para ir a ungirle... Id a decir a sus discípulos y a Pedro..."

Hoy es el único domingo del año litúrgico donde la Iglesia propone una lectura conjunta de la sepultura de Cristo y de su resurrección, conmemorando a los protagonistas y testigos referentes a la sepultura y de la resurrección, a saber: las mujeres portadoras de bálsamo o de mirra, además de José de Arimatea y Nicodemo, el fariseo que vino a ver a Cristo de noche. Por ello, la Iglesia llamó el segundo domingo después de la pascua *Domingo de las miróforas* (portadoras de mirra), refiriéndose a las mujeres que fueron al sepulcro del Señor en la madrugada del día de la resurrección para ungir su cuerpo, conforme a la tradición judía vigente, y fueron las primeras en encontrarse con Cristo resucitado y en dar testimonio de la resurrección. Eran las primeras que dijeron "*Cristo resucitó*". De sus bocas aprendió la humanidad acerca de la victoria de Cristo sobre el mal y la muerte.

La más conocida entre las mujeres miróforas era María Magdalena, quien siguió a Jesús junto con las otras mujeres de Galilea a Jerusalén, sirviéndolo, y en oposición con los discípulos, ellas permanecieron con Él durante la crucifixión y después de Su muerte en la cruz, aún más cuando fue abandonado por todos los

discípulos. El evangelio menciona a María, "*la de Cleofás*" (Juan 19, 25) y madre de Santiago (*Mateo 27, 56*); a Salomé, la madre de los hijos de Zebedeo (*Mateo 27, 56*); a Juana, mujer de Cusa, y a Susana (*Lucas 8, 2-3*). Lloraron por Él en el camino hacia el Gólgota (*Lucas 23, 27-28*), observaron la crucifixión desde lejos, y Le acompañaron junto con José de Arimatea hasta el sepulcro (*Lucas 23, 55*).

Muchos se preguntaron por qué fueron mujeres las que habían visto antes que todos al Resucitado y estuvieron a cargo de anunciarlo, ya que el testimonio de una mujer para los judíos era sin valor legal alguno. Es por ésta razón que no figura ninguna mujer en el primer inventario oficial, redactado por el apóstol Pablo, de los que habían visto al Resucitado (*I Corintios 15, 5-8*). Además, la nueva de la resurrección difundida por medio de las mujeres sería menos creíble. El evangelio confirma que, a los mismos apóstoles, en una primera instancia, "*les aparecieron desatinos tales relatos y no los creyeron*" (*Lucas 23, 11*).

Contestando la pregunta, San Romanos el Melodioso (+550) argumenta en uno de sus himnos que la primera en ver al Resucitado fue una mujer porque era también una mujer, Eva, que primera pecó. Pero, la respuesta es otra: las mujeres fueron las primeras en ver al Resucitado porque fueron las últimas en dejarlo muerto, y aún más, después de su muerte, Le trajeron aromas a su sepulcro.

Es cierto que hay mujeres piadosas, pero éstas son mujeres bravas. Desafiaron el peligro de mostrarse abiertamente a favor de un condenado. ¿Acaso Jesús no ha dicho: "*Bienaventurado quien no se escandaliza de mí*" (*Lucas 7, 23*)? Ellas fueron las únicas en no escandalizarse por Él. Pero, ¿por qué ellas resistieron al escándalo de la cruz? ¿Por qué estuvieron tan cerca cuando todo parecía terminar, y que todos los discípulos Le habían abandonado y preparaban su regreso a casa? Jesús dio la respuesta de manera anticipada,

cuando, en la casa de Simeón, hablando de la mujer pecadora que Le había lavado y besado sus pies, reveló la razón: “*amó mucho*” (Lucas 7, 47).

Estas mujeres siguieron a Jesús por Su persona, en reconocimiento del bien recibido de Él, y no en la espera de hacer una carrera tras Él. No se les había prometido sentarse “*sobre tronos como jueces de las doce tribus de Israel*” (Lucas 22, 30), tampoco habían pedido sentarse a su derecha o su izquierda en su gloria (Marcos 10, 37). Le siguieron, como está escrito, para servirle (Lucas 8, 3; Mateo 27, 55). A la mujer que le había ungido en Betania, en la casa de Simón el leproso, el Señor señaló: “*Derramando este unguento sobre mi cuerpo, me ha ungido para mi sepultura. En verdad, os digo, dondequiera que sea predicado este evangelio en todo el mundo, se hablará también de lo que ha hecho ésta para memoria suya*” (Mateo 26, 12-13).

Tres etapas marcan la entrega de estas mujeres. Primero, se distinguieron por su fidelidad y su amor durante los tres años de la predicación del Señor: “*les servían de sus bienes*” (Lucas 22, 30). Además, Lo acompañaban tanto en los momentos de alegría (por ejemplo: la entrada triunfal a Jerusalén), como en los momentos donde aparece hundirse la esperanza del reino de Dios (por ejemplo: la condenación, la pasión y la crucifixión). El peligro de formar parte de su compañía no las indujo a huir. Se quedaron con Él, observando su muerte. Participaron de la sepultura, junto con José y Nicodemo. Allí pusieron junto con el cuerpo, su amor, su corazón, todo. Y, por último, estuvieron a cargo del anuncio de la resurrección. Ellas Le habían servido humildemente durante su vida, habían ofrecido su tiempo, su fortuna, quedándose en el último rango. Son éstas mujeres, tan poco mencionadas, quienes son las primeras testigos de la resurrección y las primeras a llevar la buena nueva a los apóstoles.

A los Once, el Señor les había reprendiendo

su incredulidad y dureza de corazón: “*por cuanto no habían creído a los que le habían visto resucitado de entre los muertos*” (Marcos 16, 14), como así también a los dos discípulos de Emaús: “*¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón!*” (Lucas 24, 25). En cambio, el Señor invistió a estas mujeres de una misión, la única en el evangelio, de anunciar la resurrección a sus discípulos: “*No temáis; id y decid a mis hermanos que vayan a Galilea, y que allí me verán*” (Mateo 28, 10). Fueron enviadas a los apóstoles, quienes permanecían atemorizados, y quienes, en varias oportunidades, no pudieron reconocerlo en sus apariciones. Fueron instituidas primeras testigos de la resurrección, y como dicen unos padres de la Iglesia, fueron “*maestras de los maestros*”, mientras que María Magdalena fue intitulada “*apóstol de los apóstoles*”.

En realidad, el cambio era indescriptible. De portadoras del bálsamo, a sea de la nueva de la muerte, estas mujeres se transformaron en portadoras de la nueva de la resurrección. El amor transformó los testigos de la muerte en testigos de la resurrección. Es el amor valiente que no teme a nada ni a nadie. Es el amor que se entrega al servicio, y crece en el servicio. Ojala este amor valiente nos toque y transforme nuestro ministerio y nuestro servicio. ¡“*Cristo resucitó!*”!

+ **Metropolitano Siluan**

Tropario de la Resurrección (Tono 2)

“Cuando descendiste a la muerte, oh Vida Inmortal, mataste al Hades con el rayo de tu Divinidad y cuando levantaste a los muertos del fondo de la tierra, todos los poderes celestiales clamaron: ¡Oh Dador de Vida, Cristo Dios, gloria a Ti!”

Tropario de las Miróforas (Tono 2)

“El ángel se había presentado junto al Sepulcro, diciendo a las mujeres portadoras del bálsamo: “El bálsamo es apto para los muertos;

Pero Cristo se ha mostrado Ajeno a la corrupción. Exclamad, pues, diciendo: 'El Señor ha resucitado, otorgando al mundo la gran misericordia!.'”

Kontakión de Pascua (Tono 8)

Aunque descendiste al sepulcro, Tú que eres Inmortal, borraste el poder de infierno y levantaste Victorioso, ¡Cristo Dios! Y a las mujeres portadoras del bálsamo dijiste: ¡Regocijaos! Y a Tus discípulos otorgaste la paz, Tú que otorgas la resurrección a los caídos.

Hechos de los Apóstoles (6:1-7)

Por aquellos días, al multiplicarse los discípulos, hubo quejas de los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana. Los Doce convocaron la asamblea de los discípulos y dijeron: “*No está bien que nosotros abandonemos la palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y de saber, y los pondremos al frente de esa tarea; mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra.*” La propuesta le pareció bien a toda la asamblea y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Pármenas y a Nicolás, prosélito antioqueno; los presentaron a los apóstoles y, habiendo hecho oración, les impusieron las manos. La palabra de Dios iba creciendo; el número de los discípulos se multiplicaba considerablemente en Jerusalén; también una gran multitud de sacerdotes iba aceptando la fe.

Santo Evangelio según San Marcos (15:43 16:8)

En aquél tiempo, vino José de Arimatea, miembro respetable del Consejo, que esperaba también el Reino de Dios, y tuvo la valentía de entrar donde Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús. Se extrañó Pilato de que ya estuviese muerto y, llamando al centurión, le preguntó si había

muerto hacía tiempo. Informado por el centurión, concedió el cuerpo a José, quien, comprando una sábana, lo descolgó de la cruz, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro que estaba excavado en roca; luego, hizo rodar una piedra sobre la entrada del sepulcro. María Magdalena y María la madre de José se fijaban dónde era puesto. Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamarle. Y muy de madrugada, el primer día de la semana, a la salida del sol, van al sepulcro. Se decían unas a otras: “¿Quién nos retirará la piedra de la puerta del sepulcro?” Y levantando los ojos ven que la piedra estaba ya retirada; y eso que era muy grande. Y entrando en el sepulcro vieron a un joven sentado en el lado derecho, vestido con una túnica blanca, y se asustaron. Pero él les dice: “No os asustéis. Buscáis a Jesús de Nazaret, el Crucificado; ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde le pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo.” Ellas salieron huyendo del sepulcro, pues un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas, y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo.

Las Miróforas: Valentía de fe

Con valentía las mujeres Miróforas se dirigieron hacia el sepulcro del crucificado sin temor alguno ni de las críticas ni de la crueldad de los soldados que vigilaban el sepulcro. Entonces, “*pasado el Sábado*” madrugaron ante el sepulcro para embalsamar a quien amaron verdaderamente. Esta valentía tiene como criterio la sabiduría de la fe que, según el mundo, es locura, ya que requiere de mucho riesgo “*la fe es la certeza de lo que se espera y la convicción en cosas que no se ven*” (Heb 11, 1). Pero si la fe es el criterio de la valentía, esta última es el índice de la primera “*quien se avergüence de mí y de mis palabras, de ése se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su Gloria...*” (Lc 9, 26). La valentía y la iniciativa